



# Ponente<sup>1</sup>

**JESÚS DE ALBA**

Abogado (Bocatas en la Cañada Real Galiana)

“Me enganché a la droga en Las Barranquillas. Tenía yo 19 años.

Llevo viniendo a Bocatas cinco años ya; es algo que me hace volver  
contento a casa.

Es algo que a mí me ayuda.

Vengo con mis amigos y disfruto dándome a los demás. Se ha conver-  
tido en parte de mi vida.

Entablar una relación con los drogadictos que hay allí y que nadie los  
quiere y que, a través de la gratuidad, entender por qué es persona,  
por qué, sobre todo, es hombre y no drogadicto; por qué tiene una  
[ininteligible] infinita [ininteligible].

Porque son mis mejores amigos de aquí y vienen todos los días, no  
fallan ningún día.

Y que se metan con él, yo... lo mato.

La muleta que me ayudó a salir de la droga.

En cualquier momento puedes recaer. Sin embargo, tienes un grupo  
de amigos que te acompañan”.

Buenos días a todos, gracias por venir y muchas gracias al CEU y a la  
Asociación Católica de Propagandistas por invitarme.

---

<sup>1</sup> Transcrito por audición.

La verdad es que me considero muy poco digno, porque aquí mis compañeros en la mesa me da la impresión de que son bastante más grandes que nosotros. Me han presentado como presidente de una fundación; en realidad, lo que somos es un grupo de amigos. Siempre decimos que Bocatas es un grupo de amigos y somos justísimamente eso: un grupo de amigos que hemos tenido la fortuna –el buen Dios nos ha hecho como grupo de amigos, nos ha dado este don, que es Bocatas– de sostener una pequeñísima obra que consiste en ir todos los viernes por la tarde noche al poblado marginal (ahora de Valdemingómez). Llevamos veinte años y damos un bocadillo y algo de café y ropa a los drogadictos que hay por ahí en un mundo marginal bastante duro, donde hay muchísimas personas que, enganchadas a las drogas, no salen de ese poblado.

Yo digo que es como un campo de concentración, pero sin vallas. Así de curioso es y de sorpresa también es para mí, que haya en el siglo XXI campos de concentración, como si fuese aquello la II Guerra Mundial o Auschwitz, pero sin vallas. La prisión en la que están es la droga, las sustancias, enganchados; pero no hay vallas. Podrían salir y, sin embargo, no salen. Cosa que a nosotros nos parece un paralelismo bastante cierto de cómo está el hombre de hoy en las sociedades occidentales actuales.

Son hombres que, si os fijáis, muchísimas veces, por enfermedades psicológicas que tienen, creemos que fundamentalmente debido a la soledad, no son capaces de hacer muchas cosas. Les dan bajas laborales porque entran en profundas depresiones, son incapaces de salir de casa... Yo en mi entorno conozco a mucha gente que ha pasado por aquí y es eso, igual.

Estamos en un mundo que está absolutamente lleno de posibilidades, jamás tan globalizado. Puedes viajar a cualquier país del mundo y, sin embargo, por un lado vemos todo este mundo marginal, posiblemente también producido por este punto de soledad, estos infiernos, estos clubs de carretera, sitios de drogas, sitios de marginación, posiblemente producidos por esta soledad y este deseo; y por otro lado, sociedades también un poco enfermas. En medio de todo esto, nosotros ¿qué hemos descubierto como grupo de amigos aquí en Bocatas? Ayer mismo me decía un amigo, porque siempre que nos reunimos los viernes paramos un momento en mitad de la caritativa y rezamos un Ángelus, pues, un momento antes, tres o cuatro amigos hablamos un poco de cómo ha ido la semana y decía él: “Verdaderamente, qué fortunón hemos tenido con Bocatas”. Porque son veinte años, hemos conocido a cientos de personas y, como grupo de amigos, nos ha dado una frescura y un gusto de vivir y una apertura al mundo impresionante. Ayer mismo estuvimos a punto de irnos una hora y media antes, porque a veces vienen estos

gitanillos que habéis visto en el vídeo e Iker, que es un chaval que tiene siete años... ahí como toques a un niño gitano te llega todo el clan y todos de todos los clanes y estás muerto. Hay ciertas reglas. Y este chavalín estaba arrasando con todo: tirando las galletas, tirándonos piedras, dando bofetones, de todo. No os podéis ni imaginar. Es un chaval muy majo, pero son hiperactivos, son salvajes, son niños medio salvajes. El caso es que estuvimos a punto de irnos. Al final se fueron los chavalillos, nos quedamos y decía: "Pero qué absurdo, vas a un sitio voluntariamente, todo el sacrificio de hacer la comida...". Nosotros no recibimos subvenciones; bueno, algún premio hemos ganado, pero la obra la sostenemos los amigos. Nadie trabaja para la obra. Es totalmente gratuita como grupo de amigos. Cada uno luego tiene su trabajo, su vida. Y, sin embargo, yendo un viernes, haciendo frío, tal, qué fortuna, qué alegría poder estar ahí. Esta es nuestra experiencia.

¿Qué es lo que hemos descubierto? Imaginaos, desde toda la ingenuidad de esto, de un grupo de amigos que empezó por casualidad. Empezamos tres amigos hace 20 años por los bajos de Azca, de Madrid, reparando por ahí, por el Bernabéu y esta zona. Nos daban bocadillos, nuestras madres hacían el caldo y el café... hace veinte años. Una cosa que tenía que haber muerto con la juventud y hasta para mí es misterioso. Si a mí me dicen que un tío lleva veinte años dándoles bocatas a los pobres en Madrid le pondría una medalla, pero es que no me reconozco en ese perfil. Me reconozco en un perfil de alegría total, ¿cómo decir? De dar gracias por esto. Imaginaos: así, de una situación de lo más ingenua, hemos hecho una asociación (la hicimos hace muchos años, no sé qué necesidad teníamos pero está totalmente metida en un cajón y aparte).

Nosotros siempre decimos que somos un grupo de amigos y es lo que somos. Imaginaos, en esta situación totalmente precaria –de hacer una actividad que solo porque el buen Dios ha querido que continúe adelante sigue todavía no sabemos muy bien por qué–, empezamos a descubrir que esto, que lo que tenemos (somos un grupo de amigos, pero estamos dentro de la Iglesia), toda la vitalidad, toda la sabía y toda la alegría que tenemos viene de nuestra pertenencia a la Iglesia. En esta pertenencia a la Iglesia nos hemos dado cuenta de que lo que necesita este mundo marginal de las drogas –nosotros no venimos del mundo de la acción social, no venimos de este mundo más específico–, lo que falta en el mundo, en el ámbito de recuperación, de todos los medios que hay de recuperación, para que las personas que han caído en las drogas puedan salir, una de las llaves para que esta gente salga de las drogas la tenemos nosotros. Y es lo que nosotros nos hemos encontrado en la vida de la Iglesia una amistad.

Dios, para manifestarse al hombre, el método que eligió, el vehículo que eligió, fue la amistad. Cristo se hizo amigo de doce hombres, no se hizo como maestro. O sea, se hizo maestro en la relación de amistad con otros hombres. Y ese método, el método más potente (a nuestro modo de ver) y más inteligente para transmitir cualquier verdad y cualquier educación a la persona, el mismo que ha elegido Dios para nosotros, ese mismo método es el que elige Dios también para el drogadicto, para que salga de la droga.

En el mundo de la recuperación de la droga, imaginaos, hay mogollón de casas de recuperación, hay asociaciones, hay grandes asociaciones que sostienen de una manera muy profesional y muy bonita a esta gente. Hay una lista de espera donde pueden salir del mundo de las drogas. Además, es tan duro ese mundo que no hay drogadicto que no haya querido salir dos o tres veces. Es imposible resistir más de tres, cuatro, cinco años. Bueno, yo conozco algún caso, además, pero es imposible que no salgan de vez en cuando. Nosotros lo llamamos una rueda. Ellos están abajo y, cuando no pueden más, cuando están desesperados, se apuntan a la lista que hay de la Agencia Anti-droga y les mandan a una casa. En estas casas los recuperan desde el punto de vista sanitario. Es impresionante, digan lo que digan, los servicios sociales que hay en España, de sanidad y sociales de apoyo a esta gente, y hacen todo un recorrido que dura unos tres años; recuperan hábitos sociales y recuperan tal. Pero, ¿qué es lo que sucede? Nosotros tenemos algún amigo que ha hecho todo este recorrido. Sucede que acaban en un piso en Alcobendas, acaban en un piso en la calle San Bernardo, pero solos. Todo su entorno está totalmente destruido, totalmente; es imposible que no destruyan a la familia, y todos sus amigos que conocen están en el poblado. Ellos son los reyes del poblado pero, fuera, la ciudad de Madrid es una ciudad antipática para ellos; absolutamente antipática. Tienen tiempo libre; ahora con la crisis apenas encuentran trabajo. Lo único que hacen es, durante ese periodo, pasear por Alcobendas y estar más solos que la una. ¿Consecuencia? El 90% de ellos vuelve a las drogas. Es automático y cualquiera lo puede entender. El que no tiene un apoyo mínimamente social, vuelve.

¿De qué nos hemos dado cuenta con Bocatas? Que ese drogadicto que quiere salir y nos conoce y se hace amigo nuestro, ese, el 90% de esa gente que nos conoce, sale definitivamente de las drogas. Y si no sale de las drogas, puede haber un 10%, tiene la oportunidad, cuando quiera, de volver a salir. Y si no, por lo menos, si tienen que morir drogadictos, mueren acompañados; mueren siendo personas humanas. Daos cuenta, porque esto es como el resumen del cristianismo. El cristianismo se mete con toda la ingenuidad del mundo, de este mundo, hace 2000 años, pero con una excepcionalidad y

una potencia brutales porque sostiene la esperanza del corazón del hombre; algo inaudito en la vida del hombre, porque nadie nunca ha conseguido esto. Esto es lo que consigue Cristo entrando en la tierra. Y llevamos 2000 años de cristianismo en las periferias: san Francisco, Micaela, que conoce a una prostituta, una señora, y la saca; san Francisco Javier en la India... Siempre en los márgenes del camino; los inmigrantes, mercedarios en África, recuperando, cambiándose por esclavos. El método más potente, que es la respuesta a lo humano, que es el Dios, este método tan potente está en los márgenes del camino, fuera del camino, donde el samaritano tuvo que ir a recoger al que estaba tirado, que está en los márgenes del camino.

Fijaos que es imponente el reto que, dentro de la Iglesia, tenemos. Yo, por ejemplo, tengo un despacho fiscal. No me imagino que mis clientes tengan que ir todos los días, mi cartera de clientes, fuera de los márgenes del camino a buscarme. ¿Os imagináis la exigencia de una estructura que tiene que estar siempre yendo a los márgenes del camino, porque es ahí donde encuentra este método excepcional, que en cuanto se acostumbra un poco, que en cuanto haces camino de este método, vuelve a haber gente fuera del camino y tú tienes que volver a ir fuera del camino? ¿Os imagináis qué tensión humana tiene que tener uno? Como para no ir a la Eucaristía, como para no ponerse de rodillas delante de Dios, porque enseguida uno se aburguesa. En dos segundos, uno se queda fuera de los márgenes del camino, que es lo que a mí me impresiona. Que hay tantos mundos marginales donde todavía no hay nadie... Y ojo, eso lo tengo clarísimo: el que llega, o los que estamos, 90% es la Iglesia. No se me ocurre ver a ninguno por Valdemingómez de otro lado, religioso quiero decir. ¿Por qué? Por lo que decía Luis: la ternura al misterio. La ternura que Dios tiene con nosotros; de repente nos volvemos zumbados, nos volvemos locos, Dios se vuelve loco y resulta que lo más normal, que es una vida organizada a favor del que tiene cierto poder—mis clientes en el despacho son los que tienen dinero—se invierte; la ley de la vida se invierte y viene un dios que dice que la alegría del corazón empieza por servir al de abajo, por atender al de abajo. Y esta es mi experiencia.

Es alucinante. Tengo amigos que han tenido grandes crisis de depresiones económicas, separaciones y tal. Inmediatamente los traigo a Bocatas e inmediatamente se les abre una corriente de alegría y de aire fresco. Porque lo noto. Yo llego un viernes a Bocatas, cansado de toda la semana de trabajar, y noto perfectamente cómo el corazón de piedra que tengo empieza a hacer... o sea, a veces casi lo oigo físicamente. Y entra una corriente de aire fresco por el hecho de estar ahí, dando un bocadillo a un tío. Fijaos que somos tan ingenuos, tan poco organizados o como queráis llamarlo—que nos

da igual la organización–, que en Bocatas vienes un viernes y puede haber diez drogadictos y 50 voluntarios; 50 o 60. Sin embargo, nosotros decimos que nuestro único programa es la presencia que somos. Es decir, en un mundo marginal totalmente aislado, que no se ve desde la carretera de Valencia, no lo veis, que está concentrado todo ahí, entra una presencia nueva que no depende de este entorno violento –todo el Código Penal está ahí metido– y el propio drogadicto puede entablar relación con esta gente nueva y volver a empezar. Esto es lo esencial. Por lo tanto, nos da igual que haya 60 chavales, 60 de nosotros, y 10 drogadictos. Porque estos drogadictos tienen más oportunidad de entablar relación con unos y con otros.

¿Qué ha pasado en estos 20 años? Pues aunque nosotros hubiésemos muerto tranquilamente sin haber recuperado a ninguno –porque cuando uno conoce el mundo de las drogas, conoce lo difícil que es salir de ahí–, el buen Dios ha querido que veamos cómo algunos han salido de las drogas y estar a nuestro lado. Los frutos son de Dios siempre. A mí me da igual recuperar cinco, cincuenta, que solucionar el problema de las drogas de tráfico entre México y Estados Unidos. Yo, para solucionar ese problema, pondría una Iglesia en mitad del desierto entre México y Estados Unidos. No tengo ninguna duda de que es esta la presencia nueva que soluciona.

Esta es la sorpresa nuestra: no tenemos otro método que el que nos ha enseñado la Iglesia. Este encuentro, esta amistad con un Dios que responde a las necesidades del hombre, las necesidades del deseo profundo que tiene y, con total ingenuidad, nos hemos ido ahí. Eso sí, sin haber traducido nada. Lo que yo me encontraba, yo lo doy.

Esta mañana porque es un poco pronto, las diez y media de la mañana, y mucha de esta gente trabaja y está casada y tal pero, si no, me hubiese traído... Yo siempre voy a todos los lados con amigos míos que han salido del mundo de las drogas o con gente voluntaria. Nosotros vivimos con ellos. Nosotros no hemos hecho una fundación: el método cristiano es tu vida; no es “haz la obra de tal”, sino como ha salido en estos vídeos. Él come con ellos, ella vive con ellos, nosotros vivimos con ellos. Tenemos una parroquia de un amigo donde dos o tres se van recuperando. Dependiendo de las necesidades que tienen, a otro lo tenemos trabajando de guardés en un colegio en Barcelona, el otro no sé qué... dependiendo de las necesidades. Hay gente que tiene un poco de familia, hay problemas de papeles... Bueno, imaginaos el perfil del marginado, del drogadicto, es que hay de todo. Como son amigos ya nuestros... pues, oye, tengo amigos que están más “jodidillos” de pelas, pues, cuando vamos al cine, cuando voy al Burger después de Bocatas y a mí me cuesta la cena del Burger no como un restaurante de una estrella Michelin,

pero una cosa así, pues, claro, invitas. Pero yo tengo el despacho, tengo dinero y a mis amigos que no tienen les invito. ¿Me entendéis?

Luego, siempre digo una cosa: si te meten un gol –imaginaos en veinte años si no me han metido goles, robado móviles y de todo– dices: “Joder, por lo menos me lo ha robado un pobre”. Ya me jodería a mí que me lo robara Mario Conde o uno de estos. Por lo menos, a mí me lo ha mangado... entonces, es muy bonito.

Suelo contar esto: cómo la experiencia es una sorpresa. Reconozco que es una fortuna. No ha sido un proyecto, no me lo he currado yo, no lo he teorizado. Teorizo ahora, a posteriori, mirando. Digo: “A ver qué pasa aquí, que esto no muere”. Pero ha sido una fortuna. Ha sido una gracia. Ha sido la gran gracia de nuestra vida como grupo de amigos y personal; ha sido, es y sigue siendo Bocatas.

Hemos estado este tiempo mirando a ver si hacíamos alguna casa o algo así, porque es tan imponente que el tío que nos conoce, que es drogadicto, se haga amigo nuestro y salga de la droga –cosa que no puede conseguir el 90% de todos los presupuestos estatales de la Agencia Antidroga y de casas de recuperación–, que estamos en ello y en cómo ampliar las bases para que nos conozcan. Lo que pasa es que, con una casa, al final te enredas –bueno, no lo sé– más en dar de comer. Nosotros lo que queremos ofrecer es una amistad. A lo mejor no es una casa, es ir a un centro de Cáritas o algún centro a ver una película con ellos o comer una comida sencilla. Porque es, simplemente, lo que hacía Cristo en el Evangelio: iba por ahí, entraba en un pueblo... Esta es la tarea de la Iglesia: ir siempre. Y esto es lo que nos pide el Papa cuando nos dice que prefiere una Iglesia un poco más accidentada. Nos gusta mucho.

Luego, claro, yo soy un poco más especial, porque es verdad que no vengo del mundo social. Conozco a amigos y tengo amigos, gente que ha dejado todo, grandísimos profesionales que han dejado todo por meterse en este mundo, como hacen ellos dos. Y pienso que no todos podemos dar este paso. A mí me encantaría darlo. No lo sé si lo daré en un futuro, porque es una cosa muy vocacional, muy que Dios te llama. Pero sí que veo que nosotros, dentro de la Iglesia, tenemos que poner un poco más en el centro a esta gente; un poco más en el centro de la vida de la Iglesia. No es acción social, acción cultural... Yo siempre digo: Es que el que se dedica a los pobres, a los inmigrantes, a las prostitutas, a los drogadictos no saca dinero. Yo me dedico a mi asesoría fiscal: saco “dinerete” de presentar el IVA de mis sociedades. Pero aquí estos señores que están 24 horas no sacan dinero. No es lo mismo. “Ah, yo soy asesor fiscal”. “Ah, tú tratas con blancas”. No, hombre. Yo, a lo mejor, no puedo estar todo el día dedicado a mis drogadictos, pero sostengo, aplaudo,

no sé cómo decir, a los que están. Hay que acogerlos un poco más también a nivel institucional. Sobre todo por una inteligencia nuestra. Porque la aridez y la soledad en la que viven muchas veces nuestras sociedades y nuestro cristianismo se debe a este egoísmo. A que, para el hombre moderno, es muy difícil salir de sí mismo. Para mí es muy difícil salir de mí mismo y estar alegre; reconocer que está el misterio, reconocer que está Dios.

En la caritativa, poner a esta gente en el centro de la vida de la Iglesia hace inmediatamente que entre una corriente de aire fresco. Y en la vida, la ternura de Dios. Y lo que nos cuesta tanto, lo que nos cuesta sudor y lágrimas, que es reconocer la ternura de Dios, de repente, la ves un día corriendo; ves una puesta de sol, o un sol bonito y la reconoces. Ves a un pobre por la calle y ya no huyes, sino que le preguntas cómo se llama y te entra una ternura... Yo os invito a hacerlo; preguntadle al tío cómo se llama, y dadle medio euro, y dadle la mano. Y os vais. Y es imposible, os lo aseguro, que no os entre una ternura en el corazón increíble. Lo que nos cuesta tanto conseguir y luchar día a día.

Por eso también es muy bonito que hagáis sobre la acción social esto.

Muchas gracias.

[Aplausos]